

PERORACIÓN.— Y sin embargo, lo he dicho ya, la gloria de Dios es el objeto, el fin para que se ha creado todo... Vosotros conoceis, hermanos míos muy amados, la historia de los tres niños arrojados en un horno encendido, por orden del rey Nabucodonosor, y sabeis la manera milagrosa como les preservó Dios de las llamas. Cuando hubieron salido sanos y salvos de aquel horno abrasador, no pudiendo celebrar dignamente la gloria de Dios, entonaron un cántico en el cual invitaban á todas las criaturas á que bendijesen su santo nombre... «Obras del Señor, exclamaban, alabadle y bendecidle por los siglos de los siglos... Angeles de Dios, espíritus celestiales, Virtudes del Señor, celebrad su santo nombre... Luna, sol, astros que poblais el firmamento, cantad, cantad su gloria...» Y en su entusiasmo invitaban á todas las criaturas, la nieve, la escarcha, el fuego, el frío, el rayo y todos los fenómenos que le acompañan, á bendecir el nombre del Señor, y ni siquiera se olvidaban las fuentes, los mares y los ríos, y los animales mismos en aquel concierto de alabanzas (1)... Al terminar, carísimos hermanos, voy á servirme de algunas de sus palabras. Vosotros los que estais bautizados, glorificad el nombre del Señor; bendigamos todos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo; alabemos y glorifiquemos á la augusta Trinidad, más aún con nuestros actos que con nuestras palabras... Sí, bendito y glorificado sea el nombre de nuestro Padre que está en los cielos, hoy, mañana y por los siglos de los siglos. Así sea

(1) Daniel. cap. XI, vers. 58 y siguientes.

INSTRUCCION DECIMA.

SOBRE LA ORACION DOMINICAL.

INSTRUCCION TERCERA.

VENGA A NOS EL TU REINO. — 1. QUÉ PEDIMOS A DIOS CON ESTAS PALABRAS
— 2. COMO PODEMOS CONTRIBUIR A EXTENDER ESTE REINO DE DIOS Y A
PREPARAR SU VENIDA.

TEXTO. — *Pater noster, qui es in caelis, adveniat regnum tuum...*
Padre nuestro, que estás en los cielos, venga á nos el tu reino.

(SAN MATEO, CAP. VI, VERS. 9, 10 Y SIGUIENTES.)

EXORDIO. — Esta petición, amados hermanos míos, está muy relacionada con la anterior, en la que le decimos á Dios: *santificado sea tu nombre*. En efecto, la gloria de nuestro Dios está en que su nombre sea bendecido, en que reine sobre todas las almas virtuosas, en que triunfe, en que domine en el universo entero... Cierta vez un joven oficial, ávido de honores, poseído de una ardiente pasión por la gloria humana, caía herido por una bala de cañón durante el sitio de una ciudad que los franceses trataban de conquistar... Llenos de admiración por el valor de aquel guerrero, que era español, los soldados franceses le hicieron conducir al castillo de Loyola, que era patrimonio de su familia. Sus heridas le condenaron á una larga inacción que aquella ardiente naturaleza no podía soportar (1)... La lectura de la Vida de los Santos, unida á la gracia de Dios, que cayó como un abundante rocío sobre aquella alma recta, convirtió á aquel joven oficial que se llamaba Ignacio...; Adios desde aquel momento mezquina gloria humana! Ignacio te pisoteará... En el santuario de Manresa, la augusta Virgen María toma al joven guerrero bajo su protección; y renunciando desde aquel momento á la divisa de su noble familia, ved ahí la que adopta: *Ad*

(1) Vease su Vida.

majorem Dei gloriam : todo para la mayor gloria de Dios... Adquirió la dulzura del cristiano y la abnegación del mártir, conservando empero, bajo su nuevo traje, el ardor y el valeroso corazón del soldado. En París, á donde se traslada, su celo hace importantes reclutamientos para la gloria de Dios... En el sitio mismo donde hoy se levanta la iglesia del Sagrado Corazón, funda una órden religiosa, compuesta de soldados escogidos y que ha de llamarse la Compañía de Jesús.

Le estoy viendo á este santo Ignacio de Loyola, — cuyos hijos, bajo el nombre de Jesuítas, fueron siempre perseguidos y calumniados, — le estoy viendo aparecer como una Providencia en aquellos días de pruebas. Inclinado en cierto modo como un gigante sobre el mundo, con una mano detiene en la vieja Europa los triunfantes errores de Lutero ; con la otra, siembra por medio de sus misioneros la santa doctrina de Jesucristo entre los pueblos más ignorados y entre los países más recientemente descubiertos... « Id, les dice á sus hijos, id, Francisco Javier y vosotros misioneros, predicad el Evangelio para la mayor gloria de Dios... » Después, volviéndose hácia otro grupo de discípulos suyos: « Y vosotros, les dice, con vuestras enseñanzas y con vuestras sabias obras, detened también para la mayor gloria de Dios, los progresos de la heregía... » Ved ahí la manera como san Ignacio de Loyola y sus discípulos los Jesuítas han comprendido siempre esta petición del *Padre Nuestro*:... *santificado sea el tu nombre*; todo para la mayor gloria de Dios... Y lanzando este último grito fué como cinco de ellos espiraban como rehenes, durante la *Commune*, fusilados por algunos criminales..

PROPOSICIÓN. — Me propongo esta mañana explicaros la segunda petición que dirigimos á Dios en el *Padre Nuestro*... Se parece mucho á la primera y viene á ser como un desarrollo de ella : *Venga á nos el tu reino*...

DIVISIÓN. — En primer lugar, ¿qué le pedimos á Dios, cuando le decimos : *Padre nuestro que estás en los cielos... venga á nos el tu Reino* ? En segundo lugar, ¿cómo debemos contribuir á este reinado de Dios y preparar su venida ?

Primera parte. — Cuando preguntamos á vuestros hijos sobre esta petición : *Venga á nos el tu reino*, nos contestan con estas palabras :

« Pedimos á Dios que reine [en nuestros corazones por medio de su gracia, y que nos haga reinar un día con él en su gloria. » La primera cosa que debemos procurar, hermanos míos, es establecer este reino de Dios en nosotros mismos por medio de la supresión del pecado, la fidelidad á la gracia y nuestra docilidad en seguir sus inspiraciones... No recuerdo qué día, los fariseos, para burlarse de nuestro divino Salvador, le dirigían esta pregunta : « Este reino de Dios de que tan amenudo nos hablas ¿cuándo llegará ? » Y Jesús con una inefable dulzura les contestó : « El reino de Dios es cosa tranquila, apacible; si lo desais, puede estar en medio de vosotros y vivir en vuestros corazones (1)... » ¡Ay! hermanos míos muy amados, esos judíos impíos y orgullosos, como muchos cristianos de nuestros días, no quisieron que dominase aquel reino de Dios sobre sus almas... En el día de la Pasión los volvemos á encontrar, más endurecidos que nunca, rugiendo ante Pilatos que los oye sorprendido : « Nó, no queremos que posea nuestros corazones, no queremos que se extienda sobre nosotros su reino : *nolumus hunc regnare super nos* (2)... » Y Dios, en su justicia, escuchaba sus impíos deseos... El reino de Dios se alejaba cada vez más de sus corazones, y ellos iban sumergiéndose cada vez más en los senderos del mal... ¿Sería posible, hermanos míos, encontrar entre nosotros ciertas almas esclavas de sus pasiones que repitieran, sinó de palabra, á lo menos con los hechos aquellos impíos deseos de los judíos : No queremos que sea nuestro rey?... Esta mañana tal vez habeis dicho : *Venga á nos el tu reino* ; el reino de Dios en un alma es la pureza, la humildad, la caridad, la alegría de una buena conciencia.. ¿Las poseeis?... Yo nada digo : á vosotros os toca contestar...

Pero estas palabras : *Venga á nos el tu reino*, para todo aquel que cree, han de tener una interpretación más lata. Hemos de desear que el reino de Dios se extienda, no solamente sobre nosotros, sinó también sobre nuestras familias, sobre nuestra patria, sobre la generalidad de los hombres... ¿Hay que volverlo á decir?... Nó, no es de cristianos

(1) S. Lucas, cap. XVII, vers. 1 y siguientes.

(2) S. Lucas, cap. XIX, vers 14.

verdaderos y completos eso de no pensar más que en sí mismo... Si amamos verdaderamente á Dios, desearemos que su reino se extienda todo lo posible, que impere en el seno de la familia, inspirando á los hijos la sumisión, la obediencia, el respeto á sus padres; que reine sobre estos últimos comunicándoles los sentimientos de fé, la firmeza dulce y cristiana que han de dirigirles en la educación de esos hijos que tan queridos les son... Si tenemos fé, pero una fé clara y viva, al decir estas palabras : *Venga tu reino*, debemos desear que la ley de Dios llegue á ser la ley de todos, y que se observen sus mandamientos.

Y aquí, hermanos míos muy amados, si dirigimos una mirada á nuestro alrededor, ¡qué tristeza! ¡Cuántos corazones sobre los cuales no reina Dios!... Y si extendemos nuestras miradas más allá de este horizonte que nos rodea, recorreremos nuestras grandes ciudades, consideramos las tendencias de los que están encargados del gobierno de los pueblos, de presidir en cuanto Dios lo permite á los destinos de la patria... ¡Ah! comprendemos cuán olvidado está Dios y cuán necesario es pedir con instancia, *que venga su reino*, que se reconozca su poder.

Un rey de Inglaterra, llamado Ricardo Corazón de León, fué un día traidoramente hecho prisionero; se le encerró en un calabozo; un solo criado se le había mantenido fiel y, tocando en el arpa aires nacionales, consolaba á su señor y conservaba la esperanza en su corazón... Gracias á este adicto servidor, Ricardo salió de su encierro y restableció su autoridad sobre aquellos súbditos rebeldes y sobre las provincias que había perdido... Carísimos hermanos, nuestro Padre que está en los cielos, á quien tantos impíos desconocen, está (os lo he dicho ya) fuera del alcance de esos miserables... Ellos quisieran arrojarle de nuestras sociedades, excluirle en cierto modo de este universo que él creó y que su providencia conserva... ¡Detenéos, miserables, un día él os juzgará! No le librarán de vuestras cadenas las súplicas de algún servidor fiel, porque vosotros no le podeis encadenar; pero estas súplicas le llevarán á tomar nuevamente posesión de su reino, á volver á reinar sobre nuestras pobres sociedades que le necesitan... Oh ! *Padre nuestro, que estás en los cielos, venga nos el tu reino...*

Finalmente, con estas palabras : *Venga á nos el tu reino*, suplicamos á Dios que nos haga reinar un día con él en su gloria... Inútil es insistir sobre este punto : más de una vez os hemos hablado del paraíso, de la gloria, de la felicidad de que allá arriba gozan los escogidos... Al pedir á Dios que venga su reino, le suplicamos que nos conceda la gracia de que alcancemos esta dicha para la cual nos ha criado... ¿ Hay necesidad de decirnos que los santos suspiraban por este reino de Dios ? Ved á David lamentándose al ver que se prolonga su destierro en este suelo... Ved á santa Teresa expresando en un precioso cántico los sentimientos que le animan, y muriéndose, dice, por no poderse morir (1)... Ved, sin ir tan lejos, á la vidente de Lourdes, á esa jóven Bernadette, á quien la santísima Virgen se dignó aparecerse: retirada en un convento, espiraba gozosa en la flor de su edad, y á las hermanas que la decían que implorase su curación, les contestaba: *Padre nuestro, que estás en los cielos, venga á nos el tu reino...* Virgen privilegiada, iba á contemplar aquella gloria de la immaculada María de que, en la tierra, había entrevisto sólo pálidos reflejos (2).

Segunda parte. — He dicho, hermanos míos muy amados, que estas palabras : *Venga á nos el tu reino*, encerraban un triple deseo : 1º, ver á Jesucristo reinar en nuestras almas por medio de su gracia; 2º, desear que reine sobre nuestras familias, sobre nuestra patria y sobre todo el universo ; 3º, suspirar por esta felicidad que nos aguarda bajo el reinado de Dios en los cielos... ¿ Cómo podemos contribuir á extender y glorificar este triple reinado de Dios sobre nosotros, sobre todos los hombres y en el cielo?...

No os he hablado del reinado de Dios sobre la naturaleza material, sobre todo lo que nos rodea : nada le resiste... Él dice á la brizna de yerba : *crece* ; Él dice al rayo : *hiere* ; y ante esta palabra omnipotente, crece la brizna de yerba y el rayo cae en el sitio mismo que Él le ha señalado... « ¿ Quién es pues ese, decían los judíos hablando de nuestro divino Salvador, para que el mar y los vientos se le sometan ? (3). »

(1) Glosa ó cántico de santa Teresa después de la Comunión.

(2) Véase en el *Pélerin* de 1879 la muerte de esta santa niña.

(3) S. Mateo, cap. VIII, vers. 27.

Nó, la rebelión contra la autoridad de Dios no procede de todas esas criaturas: sólo el hombre, merced á su libertad, puede desconocer con harta frecuencia la autoridad de este rey supremo.

Este reino de Dios que pedimos en la Oración dominical, es la presencia de su gracia en nuestras almas; lo extenderemos realmente en nosotros mismos si observamos con fidelidad sus divinos mandamientos... Observad aquí, hermanos míos muy amados, que cada deber que cumplimos es el reconocimiento, la afirmación formal del reinado del poder de Dios sobre nosotros... Vosotros rezáis cada mañana y cada noche vuestras oraciones: ¿porqué?... Porque este Rey supremo ha dicho: *Adorarás á un solo Dios...* Vosotros evitais los juramentos y las blasfemias; ¿porqué?... Porque Él ha dicho: *No jurarás en vano el nombre de Dios...* Vosotros os hallais en este momento reunidos en esta iglesia; habeis dejado vuestro trabajo para venir á orar al pie de este altar; ¿porqué?... Para afirmar el reinado de Dios sobre vuestras almas: *Guardarás el día de fiesta: oírás misa los domingos...* Ved ahí el mandamiento que, como soberano que es de nuestras almas, nos ha dado... Si evitamos el robo, el perjurio y las malas pasiones á que los libertinos se entregan, ¿no es porque el código divino promulgado por el Padre que tenemos en los cielos, nos prohíbe todos estos vicios y todas estas malas inclinaciones?... ¡Ah! Observemos fielmente, hermanos míos, todas estas santas leyes, y el reino de Dios subsistirá sobre nuestros corazones....

Hacer llegar, ó si lo preferis, desarrollar este reino de Dios en las familias sería cosa fácil para los padres, si estuviesen bien penetrados de sus deberes... Velar sobre sus hijos, reprimir sus primeras pasiones, enseñarles pronto que esto es malo y deben evitarlo, que aquello es bueno y que, para contentar á su *Padre de los cielos*, conviene que lo practiquen... «Hijo, decía la piadosa madre de san Luís, y lo han repetido antes y después que ella muchas santas mujeres que han educado á santos, sé fiel en rezar tus oraciones, huye de las malas compañías, preserva tu corazón de todo pecado mortal, y ese Padre que todos tenemos en el cielo reinará sobre tu alma...» Y aquellos hijos, educados de una manera tan piadosa, llegaban á ser un Luís de Gonzaga, un Vicente de Paul y muchos otros piadosos cristianos que

hasta de nuestros días, son la gloria y la esperanza de la Iglesia santa... Benditas seais, mujeres piadosas; Dios, cuyo reinado extendisteis en vuestras familias, indudablemente os ha hecho reinar con él allá en la gloria.

Al tratar este asunto, hermanos míos muy amados, persígueme el recuerdo de una lectura que hice en cierta ocasión. He visto, no recuerdo donde, que el soberano Pontífice que había canonizado á santa Teresa decía hablando de ella: Esta santa con sus oraciones y con sus comuniones propagó el reinado de Dios tanto como el misionero más celoso (1).» ¡Qué elogio! Veo á san Francisco Javier convirtiendo á Dios provincias enteras, extendiendo el reinado de Jesucristo por las Indias, por el Japón, sobre millares y millares de almas... Teresa está encerrada en el fondo de un claustro, no va á lejanas regiones y sin embargo el Vicario de Jesucristo lo ha dicho: ¡Extendió el reinado de Dios tanto como los más grandes santos!... Es que es más poderoso, hermanos míos muy amados, el apostolado de la oración. Aquella santa oraba; y todos nosotros podemos, cual ella, pedir á Dios que venga su reino... ¿Necesito repetiros que, si tuviésemos un poco de celo y una fé clara, añadiríamos la limosna á la oración; la limosna para la *Propagación de la Fé*, la limosna para la *Obra de la Santa Infancia*, obra que, como decía uno de esos días en el catecismo, tiene por objeto arrebatarse á la muerte y asociar á nuestra fé á pobrecitas criaturas infieles arrojadas al nacer en el cauce de los arroyos ó entregadas como pasto á inmundos animales?...

Y si consideramos, hermanos míos muy amados, los tiempos en que vivimos, ¿cómo rezaremos para que venga el reino de Dios sobre nuestra patria!... *Padre nuestro, que estás en los cielos... venga tu reino sobre nuestra amada España...* ¡Pobre patria! Parece que no os conoce ya; á vuestras enseñanzas es á lo que vuestros enemigos hacen la más encarnizada guerra... ¿Quiéren acaso, esos incrédulos, nuevamente demoler vuestros altares y asesinar á vuestros sacerdotes?... Lo ignoro... Pero á esta pobre patria la vemos navegar á la ventura como un buque sin piloto y sin timón y adelantarse á

(1) Gregorio XV, bula de canonización.

grandes pasos hácia el abismo... Los que, por ahora, presiden á sus destinos han dicho también como los judíos : *Nolumus hunc regnare super nos*, no queremos que Jesucristo reine sobre nosotros... Han rechazado una mano que vuestra Providencia les ofrecía... y en vuestra justa cólera habeis repetido lo que en otro tiempo le decíais al profeta Samuel : *No es á vosotros, es á mí á quien no quieren ver reinar sobre ellos; esta injuria me toca á mí* (1)... y les habeis entregado á no sé qué vertiginoso espíritu... Oremos, hermanos míos, oremos mucho para que el reino de Dios se extienda, no sólo sobre nuestra pobre España, si que también sobre el universo entero.

¿Podemos también, hermanos míos, contribuir á que se extienda el reino de Dios en el cielo?... Lo podemos también con nuestras oraciones... Y desde luego ocurre una reflexión muy sencilla... Si con nuestras enseñanzas, con nuestros buenos ejemplos, con nuestras limosnas ú oraciones, alcanzamos que Dios reine con su gracia ya en el alma de nuestros hijos, ya en las de algunas personas que no conoceremos hasta la eternidad, claro está que por este mismo hecho habremos procurado la difusión del reino de Dios en el cielo... Representáos á san Pablo, á san Francisco Javier, á san Francisco de Sales y á muchos otros ilustres misioneros que sería demasiado largo enumerar; miradles rodeados de esos millares de bienaventurados que les deben la salvación y que bendecirán á Dios por toda una eternidad... Y decidme si, después de haber extendido el reinado de Dios sobre la tierra, no han contribuído á extenderlo en el cielo... Podemos igualmente extender este reinado uniéndonos de corazón y de espíritu á esta muchedumbre que habla todas las lenguas y pertenece á todas las naciones, que el apóstol san Juan nos muestra en el Apocalipsis rodeando el trono del Cordero, proclamando la gloria del Altísimo y bendiciendo al Señor, su Dios, porque reina y reinará por toda la eternidad (2).

PERORACIÓN. —Hermandos míos muy amados, voy á terminar esta instrucción con una comparación, una apología que tomo de la Sagrada Escritura... Después de la muerte de Gedeón, los habitantes de Siche-

(1) I Reyes, cap. VIII.

(2) Apocalipsis, cap. VI, vers. 2.

habían elegido por rey á un hombre cruel y bárbaro que se llamaba Abimelech. Un nieto de Gedeón, el único que se había librado de la matanza, refirió la fábula ó apólogo siguiente, para hacer comprender á los desgraciados habitantes las calamidades que les esperaban: «Los árboles, dijo, se reunieron cierto día para elegirse un rey. Dirigiéndose al olivo, le dijeron : Sé nuestro jefe... Contestóles el olivo : ¿Puedo abandonar yo la suavidad de mi aceite para constituirme en jefe de los árboles?... La higuera, invitada á su vez alega la suavidad de sus frutos; la vid objeta la utilidad de su vino... Dirigiéronse entonces los árboles al zarzal, que aceptó enseguida, amenazando con quemarlos á todos si no acudían á cobijarse bajo su sombra...» Y Jonathan añadía : «Eligiendo á Abimelech por rey, habeis dado el poder á un hombre cruel, que destruirá vuestra ciudad...»

La aplicación de este apólogo, queridos hermanos míos, sería demasiado larga; voy pues á fijarme en un solo punto. Los hombres no han querido someterse á Dios. ¿Existen muchos hombres y sobre todo muchas naciones, donde reine verdaderamente *nuestro Padre, que está en los cielos*?... ¡Ay! especialmente en nuestros días, dominadas por una especie de delirio revolucionario, parece que se han vuelto hácia Satanás y le han dicho, como decían los árboles al zarzal; *Ven i, et impera super nos* : ven, y reina sobre nosotros... Y que Satanás les ha contestado : Venid, acojéos á mi sombra... En realidad los tiempos impíos en que vivimos son el reinado de Satanás. La blasfemia, la impiedad, la discordia, el espíritu de rebelión extendiéndose y propagándose hasta el seno mismo de nuestros campos; ¿no es éste el espectáculo que cada día se ofrece á nuestros ojos?... ¡Oh! carísimos hermanos míos, redoblemos nuestras oraciones; repitamos amenudo y con fervor estas palabras : *Padre nuestro, que estás en los cielos... venga á nos el tu reino*. ¡Ojalá que su misericordia se digne atendernos!... Así sea.